

a atropellar el automóvil que te salvará no solo de morirte de embolia, de cáncer y de viejo, sino también de todas las otras muertes que ya no serán tuyas: te salvará de morir congelado en el lago Michigan, de morir atravesado por la flecha de un comanche hace cien años, de morir de ingravidez a bordo de un cohete espacial rumbo a Betelgeuze dentro de dos siglos, de morir de una puñalada de fuego, de morir de una traición, de un beso envenenado, de una pasión equívoca. Pero quizás disfrutes del privilegio de una larga agonía. Y entonces: ¿Cuándo tu vida comienza a dejar de ser tu vida? ¿En el momento en que comienza el coma y ves al mundo con ojos caliginosos? ¿O cuando ya no lo ves ni puedes hablarle porque estás en coma cataléptico y sin embargo escuchas al mundo, escuchas todavía el frufú de la sidra que se resbala por los aniversarios y lo piensas: piensas en el mundo y en su miedo que arrecia, en las banderas de agua y en las tarjetas postales? ¿O tu vida deja de ser tu vida cuando un aneurisma te transforma en una estatua vegetal que vive por años y felices días sin ver al mundo, sin contemplar la sevicia de los atardeceres que se comen vivos a los flamencos y a otros recuerdos de colores; sin sentir al mundo, sin saborear sus alfajores prístinos, sin sentir el frío de sus nieves polares teñidas con las sombras del arlequín, y sin que siquiera, como a la estatua vegetal de Condilac, te lleguen los olores del mundo: el olor a pino agrio de las axilas de Estefanía, el olor de amoníaco y paraфина que te espera a la puerta de los sueños, el olor de las fuentes del Parque Río de Janeiro, el olor a nuez moscada, el olor a la rubia mayonesa, el olor a pan y el añorado olor fétido del aliento de mamá Clementina que viene desde ultratumba para arrullarte y que no es otro que el olor de los jarrones del cementerio

donde se pudren los lirios y las siemprevivas? ¿Es entonces cuando tu vida deja de ser tu vida? ¿Cuando todas esas palabras que ya nunca podrás decir: los juramentos célebres, los discursos que iban a conmover a las multitudes nómadas, las frases de cadencias infinitas con las que ibas a sondear el corazón de tus amantes y que se hicieron pedazos con el látigo del monosílabo cuando aprendiste a balbucear tu ternura, cuando todas esas palabras, te digo, están aún vivas en tu cerebro, tu pálido cerebro color hortensia, y bullen en el fondo, devorándose unas a otras, resplandeciendo aquí y allá en frases que se ocultan tras barricadas de rosas o en mausoleos de escorbuto, prisioneras en las turbinas de tu plexo solar, enredadas en los tallarines linfáticos y en los acertijos sin fin, deslizándose por la diagonal agridulce del silencio o en las alas del trigre, a oscuras, a solas soñando con ellas mismas y su gimnasia esmerilada? ¿O tu vida deja de ser tu vida cuando te vuelves loco y piensas que estás viviendo la vida de los otros? ¿O cuando simple y llanamente estiras la pata, es decir, das la última boqueada, es decir, la aurícula derecha de tu corazón, que por eso se llama la *ultimum moriens* se detiene para siempre y entonces tú te mueres del todo, te mueres de la cabeza al dedo gordo, del hígado al bazo y de los dientes al riñón y se te empañan las córneas y la mandíbula se te afloja y alrededor de tu vientre aparece la coloración verdosa de la putrefacción y después, y comenzando por las vesículas seminales (por donde más pecado había) y extendiéndose a los músculos de la mandíbula, el cuello, los brazos, las piernas y el resto de tu cuerpo comienza el rigor mortis, la rigidez cadavérica causada por la opacidad de las fibras musculares y de cuyo itinerario inflexible nadie ha regresado vivo hasta

ahora? ¿Es entonces cuando tu vida deja de ser tu vida? ¿Cuando te colocan una pluma en los labios para saber si de verdad estás muerto? ¿Cuando hacen en la palma de tu mano un dibujo con tinta violeta para comprobar la aparición del aura amarilla de Terson que no es otra que el aura icterica de los muertos? ¿Cuando te colocan un vaso de agua en el pecho y un espejo en los labios? ¿Cuando te hacen la prueba de Lorrain y exponen un trozo de tu piel a una flama para que se forme una vesícula de aire que estalla con ruido indicando así que estás muerto, muerto total, muerto de solemnidad? ¿O cuando te colocan un pedazo de papel tornasol neutro bajo un párpado y el papel se pinta de rojo para confirmar el signo de Lecha-Marzo? ¿O un poco después, cuando ya estás en tu caja con tu pelo cepillado, sobre los párpados unas torundas de algodón húmedo, una almohadilla bajo la quijada y el recto taponado? ¿O cuando comienzas a transformarte en la Imagen del Delirio de Hendrik de Kijeser, en un cadáver hirviente de gusanos y muriéndose de no poder morir, como decía Lortigue? Sólo hasta entonces, cuando estás muerto, muerto y en tu caja, o muerto y en un cuarto de hotel, esperando que lleguen todas las moscas y los insectos de que habla Barbusse en *El Infierno*: la Lucilia César ver-

de y azul, los ácaros, los dermestos negros de élitros rosados, los corinetes de caparazones rojos, la gran sarcófaguiana y por último el tenebrio obscurus, o muerto y enterrado o enterrado y vivo, o enterrado y medio vivo si te pasa lo que al señor Valdemar del cuento de Poe y se te empieza a pudrir el cuerpo teniendo el alma viva y en uso de razón, o cuando estás en la mesa de autopsias (¡y bien, aquí estás ya, sobre la plancha!) con el vientre vacío y la piel desprendida mostrando tus interioridades, o sea más parecido a uno de tus dibujos o a una de las figuras horribles de Anna Marandi que a tí mismo. Sólo hasta entonces, cuando tu cuerpo comienza a repartirse por el mundo porque así lo dispuso el destino o porque así lo quisiste tú y llevemos —lleve alguien— a enterrar tu corazón en una caja roja al jardín de la casa de tus abuelos y tu cerebro en una caja blanca bajo las losas de la Escuela de Medicina y tus pulmones en dos cajas celestes en la cumbre de una montaña y tus testículos en dos cajas negras como huevos de azabache en los basureros de la Plaza de las tres Culturas: sólo hasta entonces la gente suele decir que tu vida fue esto o lo otro, lo de aquí o lo de más allá

* Palinuro, de México Fernando del Paso, Ed. Joaquín Mortiz.

libros discos arte café
gandhi
m.a. de quevedo 128 / 548.1990